

# EL AMOR A LA IGLESIA COMO CRITERIO DE LA COMUNIÓN CON EL ESPÍRITU SANTO

ANTON ZIEGENAUS

En relación con el Espíritu Santo muchísimas veces se cita Jn 3,8: «El Espíritu —o según otra traducción: “el viento”— sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va». Espíritu representa un viento fresco, una vida nueva o un dinamismo. Al principio «espíritu» significa el viento como una fuerza divina que trae lluvia y fertilidad, en un plano más alto elige los profetas y distribuye los dones espirituales o carismas, como nos enseña 1 Co 12-14. También en esta Comunidad de Corinto «el Espíritu sopla donde quiere», es decir los carismáticos provocaban una situación anárquica, porque cada uno sobrevaloraba su propio carisma dándose una importancia particular. Faltaban los criterios para la autenticidad del «espíritu» y para el orden de los carismas. ¿O es el dinamismo como tal el único objetivo de la misión del Espíritu Santo? Paulatinamente en los diversos libros del Nuevo Testamento se desarrollaron los criterios para la autenticidad. ¿Cuáles son?

## EL SENTIDO DE LA MISIÓN DEL ESPÍRITU

Acerca del Espíritu Santo la cuestión fundamental es si la revelación del Espíritu Santo lleva consigo nuevos contenidos, conocimientos superiores a los traídos por el Hijo, un escalón más alto, o una revelación para poner de relieve al Hijo. Con otras palabras: ¿sirve la misión del Espíritu Santo a la revelación de la tercera persona de la Trinidad o a la centralización del Hijo?

Ya en la primera epístola a los Corintios hubo corrientes muy fuertes de reducción del Hijo. Los glosolalistas eran presuntuosos en su comunicación inmediata con Dios; el carisma de «hablar en lenguas» significó la posibilidad de comprender a Dios de modo extático. También Juan en su evangelio habla de «otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad» (14,16s). ¿El «otro Pa-

ráclito» es independiente de Jesucristo, es un «nuevo» Paráclito? Según la primera epístola de Juan hay un espíritu «que no confiesa a Jesucristo y que deshace a Jesús» (4,3). Los gnósticos negaban la encarnación del Hijo. En el segundo siglo los montanistas esperaban un tercer reino del Espíritu Santo, apoyándose en la palabra del «otro Paráclito». Por eso el presbítero Gayo eliminó en Roma el cuarto evangelio del grupo de los libros canónicos<sup>1</sup>. En la Edad Media el Abad Joaquín de Fiore<sup>2</sup> anunció la tercera época del Espíritu Santo, después del reino del Padre (Antiguo Testamento) y del Hijo (el tiempo de Cristo dura hasta una fecha en el futuro próximo). Como el Espíritu procede del Padre y del Hijo así procederá la comprensión espiritual del reino futuro de los dos testamentos bíblicos y llegará una iglesia espiritual. No puedo entrar en detalles sobre los efectos de la doctrina joaquinista en la historia, desde los franciscanos espirituales hasta el llamado idealismo alemán. Pero no hay que olvidar dos tendencias modernas que enseñan una cierta independencia del Espíritu Santo del Hijo: La primera corriente, menos conocida, quiere eliminar el *Filioque* no sólo por razones ecuménicas sino también para aflojar la conexión de Jesucristo encarnado y crucificado con el Espíritu Santo, que procede sólo del Padre<sup>3</sup>. Si el Espíritu procediera también del Hijo, dicen, no podría soplar donde quisiera. Ven más separadas las dos procesiones. Según ellos la fórmula *Filioque* significa un «cristomonismo» y una acentuación del objetivo. La otra corriente es la teología existencial. Por ej. R. Bultmann niega toda importancia del Jesús histórico y de la doctrina objetiva a favor de un estado de interpelación (en alemán: Betroffensein). El kerygma sobre Cristo no necesita al Jesús histórico; por eso la teología existencial es en el fondo un dinamismo espiritual sin contenidos claros.

San Pablo, en cambio, no rechaza los carismas, pero sustituye la inmediatez con Dios por la mediación de Jesucristo. El Espíritu auténtico manifiesta a Jesucristo, «y éste crucificado» (1 Co 2,2). Aquí se demuestra el Espíritu y el poder. Toda la argumentación de Pablo en la primera epístola a los Corintios radica en los hechos y palabras de Jesucristo: su cruz (c. 2), su resurrección (c. 15), su última cena (c. 11), la instrucción en torno al matrimonio (c. 7: En cuanto a los casados, les ordeno, no yo sino el Señor). El Espíritu es el espíritu de Cristo

1. Cfr. A. ZIEGENAUS, *Kanon: Handbuch der Dogmengeschichte*, 3.<sup>a</sup> 2, Freiburg 1990, 23.

2. Cfr. J.I. SARANYANA, *Joaquín de Fiore y Tomás de Aquino*, Pamplona 1979; A. DEMPPE, *Sacrum Imperium*, Darmstadt 1962, 269-334.

3. Vgl. L. VISCHER (ed.), *Geist Gottes-Geist Christi. Ökumenische Überlegungen zur Filioque-Kontroverse*. Bericht und Vorträge zweier Tagungen auf Schloß Klingenthal (Frankreich), Frankfurt 1981, 22. 102s.

(Rm 8,9; Flp 1,19) y el Espíritu de Dios, «que conoce lo íntimo de Dios» (1 Co 2,11). El viene del Padre y del Hijo.

Según el evangelio de Juan el Espíritu es una promesa, que Jesús realizará después de su muerte: «El que crea en mí... de su seno correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que iban a recibir los que creerán en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado» (7,38s). El Espíritu es un don pascual, el fruto de la redención; por eso el resucitado sopló sobre los discípulos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo». Las palabras siguientes señalan que el Espíritu no sopla donde quiere, sino que está ligado a ciertas personas de manera específica: «A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (20, 23s). El otro Paráclito no es una realidad que vaga en el aire, sino un don del Padre y efectuado por Jesucristo para los hombres, pero no para todos del mismo modo.

«El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre», enseñará y recordará todo lo que Jesús ha dicho (cfr. 14,26), es «el Espíritu de la verdad, que procede del Padre» y «dará testimonio» de Jesús (cfr. 15,26), es enviado también por Cristo (cfr. 16,7); el Espíritu «guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga y... me dará gloria, porque recibirá de lo mío... Todo lo que tiene el Padre es mío... Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros» (16,13ss).

Estos textos demuestran inequívocamente que el Espíritu no se revelará a sí mismo como un tercer grado o como un tercer reino superior al de Cristo (según la doctrina montanista y joaquinista), sino que revelará al Hijo, le pondrá de relieve y glorificará (en griego: *δοξάσει*), esto es, él demostrará que Jesús es el Hijo preexistente del Padre.

Al esperar un reino mundano y una carrera mundana —tanto antes como después de la resurrección (cfr. Hch 1,6)— los discípulos entendían mal el mensaje de Jesús. Así podemos comprender la necesidad del Espíritu para que guíe hacia la verdad completa, que anuncie lo que ha de venir y lo que ahora los discípulos no pueden sobrellevar. Además podemos suponer que los discípulos más bien pensaban en una misión de Jesús limitada a los judíos y no en una misión universal. De no ser así no podríamos entender la controversia tan fuerte sobre la circuncisión y la obligatoriedad de la ley.

A este respecto es muy revelador el obrar del Espíritu Santo en los Hechos de los Apóstoles: Él toma las iniciativas y guía a la Iglesia joven: Pedro comprendió el designio salvador de Cristo y lo explicó el día de Pentecostés, así ante el Sanedrín (Hch 4,8). El Espíritu actuó en

Esteban (6,5.10; 7,55), provocó el bautismo del eunuco etíope (8,29) y el del centurión Cornelio (10,44.47), que fue recibido en la Iglesia sin que se le impusieran las prescripciones de la Ley y la obligación a la circuncisión. El Espíritu segregó a Bernabé y a Saulo para la obra de la predicación (13,2), y de la misión de Europa (16,6), ayudó a los Apóstoles en torno a la obligación de la ley (15,28) y actuó en la constitución de los obispos (20,28) etc. El Espíritu guiaba a la Iglesia joven, que deja las fronteras de Palestina. Pero ampliando las fronteras no elimina la centralidad de Cristo, sino la profundiza y intensifica. El Espíritu ayuda a todos a conocerse como hijos con el Hijo, según dice San Pablo: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos de Dios, coherederos de Cristo» (Rm 8,14s). En este sentido Santo Tomás opuso a las especulaciones de Joaquín el cristocentrismo de la Escritura y de los Padres<sup>4</sup>. La fórmula *Filioque* frena e impide un carismático entusiasmo incontrolado.

#### CRITERIOS DE AUTENTICIDAD

En las áreas del Nuevo Testamento y en la tradición de la Iglesia hay continuamente la tentación de reducir la fe a una espiritualidad más o menos independiente de Jesucristo, a un dinamismo interno muy vivaz, desprendido sin embargo de la historia. San Pablo, en cambio, apreció los carismas en la primera epístola a los Corintios<sup>5</sup> según un criterio cristológico, es decir, según la centralidad de Jesucristo, sobre todo de su cruz. Juan, en su situación propia subrayó que «todo espíritu que no confiese a Jesús, ése no es de Dios, es del anticristo»; por el contrario «el espíritu de Dios» se demuestra en la confesión «que Jesucristo ha venido en carne» (cfr. 1 Jn 4,2s).

¿Cuáles son los criterios de la autenticidad del Espíritu? Tanto según Pablo como según Juan, el Espíritu tiene su origen en el Padre y en el Hijo; según Lucas, manifiesta la obra y la relevancia universal de Cristo. En todo caso, la separación del Espíritu y del Hijo, en el sentido mencionado antes, es teológicamente ilegítimo. El Espíritu no es «otro Paráclito» con nuevos contenidos, sino una revelación absolutamente necesaria para conocer la universalidad de Jesucristo y para vivificar la fe en él.

Detalladamente se pueden deducir de este Cristocentrismo los criterios siguientes: La mediación cristológica de la salvación, en contra de la

4. Cfr. J.I. SARANYANA, 139.

5. Cfr. H. SCHLIER, *Über die Hauptanliegen des 1. Briefes an die Korinther*, en *Die Zeit der Kirche*, Freiburg 1966, 147ff.

inmediatez de los carismáticos; la cruz y el realismo de la resurrección de Jesús y el realismo de la resurrección universal en contra de la resurrección espiritual de los Corintios. Estos son los criterios paulinos. Juan subrayó la encarnación del Verbo preexistente, su visibilidad y historicidad en contra de un gnosticismo que espiritualizaba los hechos del Redentor. Según Lucas el Espíritu sirve de intermediario entre Jesús y su predicación, por un lado, y su atestiguamiento universal por otro lado.

### EL AMOR A LA IGLESIA: UN CRITERIO CENTRAL

Los criterios para la autenticidad tratados hasta ahora se refieren a Jesucristo. Sólo el «espíritu» que corresponde a estos criterios viene de Dios. Pero no hay que olvidar que la autenticidad del Espíritu se aclara también según la relación con la Iglesia. También ella no es sólo algo espiritual, sino también un cuerpo, es decir algo concreto, histórico y visible, una continuación de la encarnación. A la vez, la Iglesia es una comunidad empírica y transempírica, tiene una estructura sacramental. Es sabido que los montanistas, los joaquinistas y los franciscanos espirituales tendían a superar las estructuras visibles en favor de una Iglesia invisiblemente espiritual, sin sacramentos, sin clero. Rechazaban a la Iglesia menos para reformarla, reconociendo las estructuras, que para eliminarla.

Dos líneas de argumentación prueban el criterio: el amor a la Iglesia demuestra la autenticidad del Espíritu. Primero hemos de considerar que Jesús ha muerto por los pecadores: Al instituir la Eucaristía dijo: «Bebed..., que ésta es mi sangre de la alianza, que será derramada por muchos para remisión de los pecados» (Mt 26,27s). Muy instructivo es un texto de la Epístola a los Romanos (5,5ss): «El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado. Porque cuando todavía éramos débiles, Cristo, a su tiempo, murió por los impíos. En verdad, apenas habrá quien muera por un justo; sin embargo, pudiera ser que muriera alguno por uno bueno; pero Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros». Aquí se puede ver la particularidad del amor de Dios: es no sólo un amor para con los buenos o los amigos, sino también y, ante todo, para con los pecadores. No ama sólo los perfectos, sino también los imperfectos, los que crucificaron a su Hijo, para convertirlos al amor perfecto. De este amor a los pecadores habló también la Epístola a los Efesios (5,25ss): «Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola, mediante el lavado del agua con la palabra, a fin de presentársela a sí gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable». El amor

de Dios se nos presenta como un amor crucificado, es decir como un amor a los que le han rechazado y crucificado.

La Iglesia está determinada para siempre por su origen en este amor crucificado. Este origen lo han olvidado los puristas en la Iglesia que la criticaban por el pecado presente en su seno. Ciertamente, nada puede disculpar el pecado, ante todo porque Dios ayuda al hombre débil con su gracia. Pero el amor cristiano toma el amor del Crucificado como medida, es un amor crucificado, una caridad que «es longánime, es benigna; no es envidiosa... todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Co 13,4ss).

El origen en el amor crucificado significa que la Iglesia y los fieles son obligados a un amor incondicionado y por eso también a un amor para con los débiles y pecadores. Mientras que los partidarios de Novaciano se consideraban como el *coetus sanctorum*, la reunión de los santos<sup>6</sup> que no podría reconciliar a los caídos después del bautismo; la Iglesia católica, en cambio, los readmitía después de un tiempo de penitencia: la fe católica obliga al amor y soporta a los débiles. Asimismo los montanistas y los donatistas rechazaban una reconciliación verdadera: Agustín y Paciano de Barcelona hablaron del *rigor haereticus*, de la rigidez de los heréticos<sup>7</sup>. La santidad, según Agustín, es paciencia. También los franciscanos espirituales interpretaban a Joaquín en el sentido de que la verdadera Iglesia, la Iglesia espiritual, no abarca pecadores, porque tiene que ser santa. Por eso la Iglesia espiritual no coincide con la Iglesia visible que siempre comprende pecadores.

Consiguientemente podemos resumir: si el Espíritu manifiesta el ser y obrar de Jesucristo, si la cumbre de su obra es su Pasión y si el núcleo de la Pasión es el amor (cfr. Jn 3,16; Rm 8,32), si el amor se demuestra en la paciencia con los imperfectos —«soporta todo»—, si el Espíritu viene de Dios y del Hijo, entonces revela la cumbre del amor de Jesucristo, el amor a la Iglesia. Una medida de comprobar, si un espíritu o un carisma es auténtico y conforme al amor de Jesucristo, es el amor a la Iglesia.

La otra línea de argumentación parte de la diversidad de los hombres, pueblos, tiempos y capacidades. El Espíritu Santo se divide —como las lenguas de fuego el día de Pentecostés— sobre estas diversidades, no para eliminarlas, sino para incorporarlas como miembros del cuerpo único de Cristo. «Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu... A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro, fe en el mismo Espíritu; a otro, don de curaciones en el único Espíri-

6. Cfr. J. VOGT, *Coetus Sanctorum. Der Kirchenbegriff des Novatian*, Bonn 1966.

7. Cfr. A. ZIEGENAUS, *Umkehr, Versöhnung, Friede*, Freiburg 1975, 61-72.

tu» (1 Co 12,4.8s). El único Espíritu mantiene juntos los diversos miembros y carismas del cuerpo para la común utilidad. Pero el Espíritu no los guarda para sí mismo, no los retiene, sino que reúne los diversos miembros en Jesucristo. Así enseñó Pablo: «Dios envió a su Hijo... para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción. Y, puesto que sois hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su hijo, que grita: ¡Abbá! ¡Padre! De manera que ya no eres siervo, sino hijo, y si hijo, también heredero por medio de Dios» (Gal 4,4-7). El Espíritu es la fuerza unificadora, la unión se realiza en el Hijo ante el Padre. Por esa razón se encuentra en comunión con el Espíritu Santo quien ama la unidad de los distintos miembros del único cuerpo del Hijo, es decir, de la Iglesia.

En el Tratado 32 sobre el Evangelio de Juan, Agustín<sup>8</sup> habló del llamado milagro de Pentecostés. Según Agustín no recibe el Espíritu Santo quien no es miembro de la Iglesia. Este es separado de la unidad, que habla todas las lenguas. El individuo es miembro del cuerpo que habla todas las lenguas. Agustín continúa: «Recibimos también nosotros al Espíritu Santo, si amamos a la Iglesia, si estamos unidos por la caridad, si gozamos del nombre de católico y de la fe. Creamos hermanos, cuanto uno ama a la Iglesia de Cristo, tanto tiene al Espíritu Santo... Por consiguiente tenemos al Espíritu Santo, si amamos a la Iglesia. Amamos, si vivimos articulados en ella y en caridad... La caridad pertenece al Espíritu Santo..., escucha al Apóstol: El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo»<sup>9</sup>.

El amor a la Iglesia es el criterio para la comunión con el Espíritu Santo, porque —primero— Jesús amó la Iglesia entregándose por ella y el Espíritu viene también de Cristo y —segundo— el Espíritu lleva los individuos al Cuerpo de Cristo, los une con él y presenta los con-hijos (*Mitsöhne*) al Padre; no hay unidad sino por el Espíritu.

## CONSECUENCIAS TEOLÓGICAS

En breve trataré unas consecuencias de nuestras reflexiones:

1. El amor de Dios y el amor hacia Él y la salvación no sólo son buenas ideas, sino también realidades que se han concretado en la encar-

8. Cfr PL 35, 1645s.

9. «Accipimus ergo et nos Spiritum sanctum, si amamus Ecclesiam, si caritate compaginamur, si catholico nomine et fide gaudemus. Credamus, fratres; quantum quisque amat Ecclesiam Christi, tantum habet Spiritum Sanctum. Datus est enim Spiritus... ad manifestationem... Habemus ergo Spiritum sanctum, si amamus Ecclesiam; amamus autem, si in eius compage et charitate consistimus... Quia vero ad Spiritum sanctum pertinet Charitas... audi apostolum dicentem: Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum sanctum, qui datus est nobis».

nación y la cruz del Hijo de Dios y su resurrección. Esta realidad concreta no pertenece al pasado, sino que se realiza en la Iglesia hasta hoy. Su origen en el acontecimiento histórico continúa viviendo y marcando la vida de los fieles en los sacramentos, que son los lugares, el *hic et nunc* de la salvación; en la «verdadera doctrina» (1 Tm 4, 9), en la que sigue viviendo la palabra de Jesús; en el amor al hermano y en el martirio.

2. A las posiciones no cristocéntricas les falta esta realidad concreta, o es menospreciada por razones diversas. Revelante es la mirada espiritual o existencial; más relevante el conocimiento que el obrar.

3. Las dos corrientes tienden a una reforma, a una nueva vida, o a un cambio de la situación actual. ¿Por qué lado está el dinamismo verdadero? ¿Por el lado de los distintos carismas, o del amor, el carisma más alto? ¿Decide más la «nueva conciencia» (R. Bultmann) o la sencilla fe con amor? Quien así pregunta, ya contesta.

4. Amar a la Iglesia significa amar a la Iglesia concreta. Estrictamente hablando no se puede amar a la Iglesia «espiritual», caracterizada por su concentración en el Espíritu Santo o por comportamientos mentales. Nadie puede ver al fondo del corazón y conocer el pensamiento; en el caso de un pecado del prójimo se podría constatar que aquel ya no pertenece a la Iglesia espiritual. En el fondo ésta se identifica con una idea, filosofía o ideología, pero no con una persona o, exactamente hablando, con una persona sólo tanto tiempo como se muestre ideal. No ama a la Iglesia quien no ama a la Iglesia concreta.

5. Amar a la Iglesia no significa ignorar o negar los pecados de sus miembros, las faltas o los vicios, sino padecer con la Iglesia. Santa Catalina de Siena padeció con la Iglesia, porque la amó tanto. Quien ama, padece.

G. Bernanos<sup>10</sup> hizo una comparación de Francisco de Asís con Martín Lutero: «Uno reforma la Iglesia sólo padeciendo con ella... Se reforman los vicios de la Iglesia sólo ejemplificando sus virtudes más heroicas. Quizá los excesos y la simonía de los dignatarios eclesiásticos no encolerizaran a San Francisco menos que a Lutero. Es seguro que padeció más, porque ha sido de otra disposición natural que el monje de Weimar (así Bernanos). Pero no hizo frente a la injusticia... En lugar de tratar de arrebatar a la Iglesia los bienes adquiridos injustamente, la ha colmado de tesoros invisibles y bajo las manos suaves de este mendicante el montón de oro y fornicación empezó a florecer... La Iglesia no precisa de reformadores, sino de santos». La comunión con el Espíritu Santo se demuestra en el mismo amor con que el Señor se ha entregado por ella.

10. Cfr. A. BEGUIN, *Georges Bernanos*, Hamburg 1958, 145s.